

DIANA SCOTT

HASTA QUE LLEGASTE TÚ

SERIE
STONEBRIDGE
PARTE 3



Hasta que llegaste tú

Diana Scott

Published by Diana Scott

Copyright 2018 Diana Scott

Índice

El perdón
Ya no
Sin mí
Un asalto más
Te necesito
Verdades ocultas
Volver a verte
Lobos y corderos
Rechazada y hundida
Confesiones
Tic tac
Nuevos amigos
Vengo para quedarme
Magia inocente
Aléjate de mí
Tres son multitud
En lo bueno y en lo malo
¿Y por qué no?
No todo vale
En familia
Volvemos al colegio
Amistades peligrosas
Oro no es
La cena
Tú, yo, nosotros
Amantes
Dos besos
Tú juegas, yo juego
Misma hora, mismo lugar
La última noche
El gran golpe
Corre

Debo irme
Ya no dueles
Media verdad, una mentira
Siempre te esperé
Epílogo

El perdón

Camino a paso ligero por el extenso pasillo de la lujosa clínica privada. Temo a las agujas del reloj y su inflexible tic-tac que me persigue sin darme un minuto de tregua. El resplandeciente y resbaladizo suelo de mármol brilla en exceso para unos nervios tan alterados como los míos, pero a estas alturas poco importa la supervivencia de mis rodillas si con su sacrificio consigo llegar a tiempo.

Debo llegar como sea. El corazón me late como a un triatlonista. Respiro entrecortado y el rímel se me resbala por las mejillas pero yo sigo corriendo. De reojo leo las indicaciones sobre las paredes. Un cartel inmenso con una gran flecha azul me indica que siga hacia el fondo, ¡Ahí está! Cuidados Intensivos, allá voy.

Mi abrigo chorrea como el canalón de una casa antigua. Voy calada hasta los huesos y todo gracias al taxista incomprensivo que no fue capaz de ver lo desesperada de mi situación. El muy hijo de perra se negó a saltarse el dichoso semáforo en rojo, ¡corra si quiere!, dijo el muy necio, ¡por supuesto que voy a correr! Este es mi sexto intento por verlo y no puedo desaprovechar oportunidad alguna ni por odiosas inclemencias meteorológicas ni estúpidas normas de tráfico. ¡Por favor! detenerse en un semáforo en rojo en semejantes circunstancias, abrase visto...

Reed no quiere verme, pero esta vez lo conseguiré aunque me deje las rodillas en el intento. Estoy aquí porque lo quiero y no pienso huir derrotada. Cuidados Intensivos, todo recto, genial, a seguir corriendo. Soplo mi pelo que goteando insiste en pegarse en mi cara. Me aferro al bolso y tomo impulso como Michael Phelps antes de saltar. Suraj aseguró que Reed estaría sólo unos minutos en la unidad de Cuidados Intensivos y hacia allí que vuelo.

¡Ay madre! Y ahora por dónde, ¿me he perdido? Levanto el dedo nerviosa analizando el cartel de información y por primera vez en el día la suerte está de mi lado. Primer ascensor a la derecha, ¡genial! Mi día mejora por segundos. Las puertas se abren en el momento justo en el que yo me acerco. ¡Sí! Estoy en racha.

Entro decidida con la frente en alto, sacudiendo mi pelo húmedo y con unas esperanzas por las nubes, cuando unas señoras que parecen bastante más apresuradas que yo deciden arrastrarme hacia el fondo y empotrarme contra el espejo. El caballero que inteligentemente se quedó detrás de mí, se apiada y me pregunta con gentileza.

—¿A qué piso vas?

—Cuarta planta, por favor— Contesto en voz alta sobre mi hombro mientras soy incrustada en la pared cual afiche publicitario.

El grupo de señoras a las que les va la vida en subir y que son inclementes ante mis protestas, empujan con tanta vehemencia como si estuvieran por perderse la telenovela de las cinco. Mis tacones apenas me sostienen entre semejante vapuleo, menos mal que el fondo del ascensor decide ayudarme y detenerme, porque si no, no la cuento. Si fuera por estas tan distinguidas damas, mi cuerpo traspasaría el fondo, las paredes y el más allá. Tengo ganas pronunciar en voz alta un par de palabrotas mal sonantes y reivindicar mi posición de propaganda espachurrada pero no estoy para muchas discusiones. El aire apenas me llega a los pulmones y demasiado tengo yo en conseguir subir mi mano hasta mi cara y abanicarme para no perder la conciencia.

Los nervios me van a estallar, nunca me la he jugado tanto como hoy. ¿Y si se niega a verme? ¿Qué puedo hacer para que me acepte? En el pasado fui yo quien necesitó alejarse pero ahora todo ha cambiado y Reed debe comprenderlo. Deseo estar a su lado, quiero ser su apoyo, necesito que entienda mis motivos de...

—Din don, planta primera —. La cantarina voccecita del ascensor informa cual señorita amable.

La puerta no termina de abrirse cuando tres personas entran decididas a encontrar su lugar en el mundo, o más bien, en este ascensor. Las señoras levantan los bolsos en un intento desesperado por conseguir aire y yo siento como mi trasero empapado se aplasta contra el espejo intentando sobrevivir.

Uf, resoplo para controlar mi enfado. Llevo días en una absoluta inopia. El cansancio de no saber que terreno piso me desespera y ahora, sin buscarlo, estoy a punto de morir aplastada. ¡Dios!, no me dejes morir pisoteada por señoras con peinados como cascos de la primera guerra mundial. Yo solo busco una segunda oportunidad. Autoestima me mira y cuenta con sus dedos, dos, tres... ¡Está bien!, puede que una tercera o cuarta. ¡El número no es lo importante!

—Din don, planta segunda —. El ascensor informa segundos antes de dar paso a dos personas más que empujan para entrar.

¡Ya somos nueve! Es que nadie sabe leer los carteles de peso máximo. Y por favor... que alguien haga callar a ese bebé.

—Perdón, cariño, ¿me harías un lugarcito? —Pregunta una de las ancianas que subió conmigo.

—Señora, si dejo de respirar igual cabe —mis peores modales salieron a flote.

—Menudo humorcito...

Agacho la cabeza avergonzada de mi misma. La pobre mujer no tiene la culpa de mis desgracias. Hasta la educación he perdido...

—Lo siento mucho pero la verdad es que estoy empujada como publicidad de cine —. La jubilada sonrío divertida y agradezco su perdón con otra sonrisa.

—No pasa nada querida, te comprendo perfectamente, todos tenemos derecho a un mal día y mucho más

si estamos en una clínica. Voy a la cuarta planta, ¿y tú?

—También —respondo cortante.

Educación y pedir disculpas son una cosa pero de allí a entablar una amistad entrañable, eso sí que es demasiado pedir para unos tan resquebrajados nervios como los míos.

—¿Tienes internado a un familiar?

—Algo parecido.

—No te aflijas, siempre existe un horizonte soleado tras las nubes.

—Si usted lo dice...

—¡Por supuesto que lo digo!

—Din don, tercera planta.

—No, no pueden subir. ¡Ya no entra nadie más! — El muchachito cerca de la puerta intenta defender posiciones pero es inútil, otras tres señoras entran a golpe de bolso, dispuestas a jugarse la vida ante el enemigo.

Debería haber utilizado las escaleras... O salgo pronto de aquí o me convertiré en relleno para chorizo de pueblo.

—¡Señoras por favor!, me están cortando la respiración —grito molesta al último grupo de osadas.

—Pues jovencita, entonces déjame un sitio.

—¡No deberían haber subido! —Contesto fijando mis ojos en la que ha hablado.

Las tres ancianas me miran rabiosas y creo que por la cara de perro bulldog que tienen y los idénticos ojos de brujas verrugosas deben ser hermanas y gemelas.

—Como te decía antes, nunca debes perder las esperanzas... —¿Qué?

Hay madre, que el discurso de autoayuda de mi nueva acompañante aún continúa.

—Yo estuve a punto de perder a mi Alfred hasta en tres ocasiones pero aquí seguimos, sesenta años juntos mirando el horizonte.

—¿Alfred? —¿De quién habla? ¿Horizonte?

El señor de apenas metro sesenta de altura, calvo y con un perfecto traje gris de los años cincuenta se mantiene recto a su lado e inclina la cabeza en señal de saludo.

—Mi Alfred y yo llevamos sesenta años juntos y otros sesenta que nos esperan por vivir —dice sonriente y esperando confirmación de su Alfred.

—Así es querida —comenta resignado.

Sonríó sin planearlo. El hombre contesta aparentemente conformista y hubiera pensado que era un pobre marido sometido si no fuera porque al levantar la vista sus ojos chispearon diversión.

—Tú eres muy jovencita pero el tiempo te enseñará que el amor siempre triunfa. ¿No tengo razón, Alfred?

—Por supuesto, querida.

—Ves, Alfred opina lo mismo que yo. No debes perder las esperanzas. Tu hombre saldrá de los cuidados intensivos.

—¿Mi hombre?

—Sí cariño, tu carita refleja mal de amores. Tú no te preocupes, todo saldrá bien.

¿Mi hombre? Ella se equivoca, voy a la cuarta planta donde se encuentra la queridísima esposa de mi hombre pero esa es una historia demasiado complicada para el corto recorrido de un ascensor.

—Din don, cuarta planta.

—¡Me bajo! ¡Me bajo! —Grito apresurada—. Permiso. ¡Por favor!

Intento llegar a la puerta pero no lo consigo. Empujo pero nada. Somos como una lata de sardinas pero sin líquido porque ni el aceite ya cabe.

—Por favor, sostengan la puerta. No permitan que se cierre... no... —Dos personas nuevas intentan subir a pesar de los gritos desesperados de los de dentro.

—Jamás saldré de aquí... Volveré a perder mi oportunidad de verlo. Se recuperará, se irá con otra, serán feli-

ces y se hartarán de comer perdices y tarta de chocolate...
—sollozo desesperanzada.

—De eso nada. Como que me llamo Clotilde que tú consigues a tu amor. ¡A ver si hacemos lugar a esta pobre chiquilla! ¡Vamos! ¡Qué el amor nos espera!

Los gritos de mi nueva amiga surgen efecto, bueno eso, y el codazo que decide utilizar como separador de sardinas. Las señoras de delante refunfuñan molestas y me miran vengativas, como diciendo “tú a nosotras nos la pagas”, pero no les temo, es más, les sonrió con colmillos mientras me cubro tras el cuerpo de mi nueva amiga. Soy valiente pero no tanto.

—Vamos hija, aprovecha ahora. Por aquí tienes un huequito.

Tomo aire y empujo hacia delante como un jugador de rugby antes de marcarme un try pero nada. Lo intento una y otra vez pero el camino está bloqueado, las puertas se cierran y mis ojos horrorizados se niegan a aceptarlo.

—¿Por qué todo me sale mal? Yo sólo quiero bajar...

Las brujas endemoniadas sonríen con aires de victoria. Me la tienen jurada.

—Cariño no te preocupes, en el siguiente piso tú bajas como que me llamo Clotilde.

—Ustedes tampoco han podido bajar... — le digo mientras me aparto los pelos húmedos que se me pegan a la cara como bigotes de gamba.

—No importa, tu prepárate y cuando veas la señal escapa de aquí sin mirar atrás.

—¿Señal?

Las brujas bulldog nos miran estrechando los ojos esperando adivinar nuestros movimientos, pero mi protectora no se amedrenta. Clotilde busca con la mirada a su Alfred que asiente con una suave caída de párpados. Me temo que me equivoqué al juzgarlo, estos dos son tal para cual, Bonnie and Clyde en versión residencia de ancianos.

—Din don, quinta planta.

Estaba por pedir permiso para adelantarme cuando un bastón se levanta en alto y cual Moisés en el Sinaí, mi guardiana consigue horrorizar a las maléficas que, asustadas, deciden moverse sin discutir. Y allí estaba la señal, Alfred rápidamente se interpuso dejando un pasillo libre y totalmente dispuesto para nosotras. Paso primero y su temeraria guerrera baja el bastón y camina decidida tras de mí.

—Señoras, aquí me bajo —dice con voz de dulce ancianita mientras miraba a las serpientes que se quedaron echando veneno por la boca al cerrarse las puertas.

—Muchísimas gracias Clotilde, te debo una. Me voy por las escaleras, tengo que bajar un piso corriendo antes que sea demasiado tarde —grito caminando a paso acelerado.

—No te preocupes por nosotros, mi Alfred y yo bajaremos un poquitín más despacio —sonríe guiñándome un ojo—. Suerte, ¡y recuerda que siempre existe un horizonte soleado tras las nubes!

¿Nubes? Creo que a mí me espera el segundo diluvio universal pero eso poco importa cuando estás calada hasta los huesos y no lo digo sólo en sentido metafórico, chorreo agua por todos los costados, en fin... a correr porque en la guerra todo vale.

Ha llegado el momento de recuperarlo porque donde hubo fuego siempre quedan rescoldos escondidos. Autoestima se aprieta la barbilla pensativa. ¿No se decía así? ¿no eran escondidos?, ¿o eran cenizas? Va, no estoy para dichos absurdos. Autoestima sacude la cabeza confundida y yo me divierto mientras corro como el viento.

Me pego un resbalón que por poco dejo tallada mi cara en el mármol pero no importa, yo sigo. Qué demonios, ¡tacones fuera! Salto en un pie y luego en el otro para quitarme los zapatos. A situaciones extremas, soluciones extremas. Esta vez pienso luchar la partida completa y que el mundo se prepare porque tengo los guantes puestos.

Ya no

—Luces espantosa y los bolsillos te chorrean.

—Yo también te quiero —contesto con voz de pocos amigos.

—¿Por qué tienes los zapatos en la mano? Te pareces a la Sirenita pero en versión cochambrosa.

—¿Y si te pateo los huevos hasta que te sangren, a quién te parecerías?

—Uy, uy, cuanta agresividad...

—Tú sólo dime que no haber asesinado a un taxista irracional, no haberme desnucado a causa de unos suelos impolutos o haber sobrevivido al ascensor asesino ha servido para algo.

—¿Has tenido buen día?

—¡Suraj!

—Está bien, está bien —levanta los brazos en señal de derrota mientras sonrío desvergonzado—. Te pareces tanto a ella que no puedo evitarlo.

—¿Me parezco a quién? Déjate de tonterías y dime si llego a tiempo o no.

—Si lo que estas preguntando, es si mi amigo está dentro y lo estoy traicionando al traerte sin su consentimiento, la respuesta es sí.

—Sigue sin querer verme... —mi desilusión queda patente en mi voz.

—Rotunda y vehementemente.

—¡Pero por qué! —Arrastro mi cabello húmedo con los dedos para que no se me pegue mientras resoplo molesta—. Sólo intento apoyarlo. ¿Tan difícil es recibir un poco de consuelo de aquellos que te quieren?

—Justamente ese es el problema. No desea tu compasión.

—¿Compasión? ¿Pero de qué diablos hablas? Conozco demasiado a Reed como para compadecerlo. No se me ocurriría algo parecido. Lo quiero y no soporto no poder estar a su lado.

—Anne, debes saber que Reed ha cambiado desde que te marchaste.

—Por supuesto que ha cambiado, está en una clínica y sin poder mover las piernas, creo que sé perfectamente lo cambiado que se encuentra. Suraj, tú no estás muy bien... —toco su frente para confirmar que la estupidez no proviene por unas altas fiebres.

—No me refiero al accidente —sacude su cabeza para alejar mi mano—Verás, tu partida a Italia no le sentó nada bien y me temo que su carácter se agrió más de lo soportable.

—¿Más?

—Por decirlo suave. Es un auténtico ogro. Antes no era el prototipo de hombre encantador pero ahora ni siquiera se molesta en disimular. Al marcharte se encerró en sus propias tinieblas.

—Venganzas...

—Sí.

—Y no vas a decirme contra quién o por qué.

—No puedo.

—Pero imagino que tiene que ver con su padre. Sólo contéstame eso. ¿El fantasma de su padre aún lo persigue?

Suraj recoge su mochila en señal de que se marcha, pero no estoy dispuesta a soltar mi presa. Alguien tiene que darme información y su mejor amigo es el candidato idóneo.

—Por favor, sé que me esconde algo, ¿qué es? ¿qué teme?

—¿Temor? —sonríe con la totalidad de su blanca dentadura—. Ese hombre no teme ni a la muerte. No, no

es eso.

—Su padre lo marcó con algo más que latigazos...

—¿Él te contó eso?

—Sí, y por eso creo que si tú me ayudas, ambos podremos liberarlo de esa estúpida sed de venganza.

—Eso es un imposible, no podríamos.

Quiero información y su mejor amigo tiene lo que busco, por lo cual continúo con mi machaque psicológico. Soy la hermana pequeña y sé perfectamente como ser la más plasta entre las plastas.

—Por favor, dime lo que sabes —pongo ojitos de perrito abandonado para ablandarlo—. Si quiero ayudarlo necesito algo más que una pequeña porción de la tarta. Entre los dos podemos liberarlo de esa pasado que tanto lo agobia. Podemos cambiarle la vida y ayudarlo a superar lo que sea pero para eso necesito conocer el terreno en el que me muevo.

Suraj se mueve nervioso y decido contraatacar.

—Eres como un hermano para él, ¿no quieres lo mejor para su vida?

—Anne —suspira mientras se rasca la cabeza— sabes que estoy de tu lado y que deseo que lo rescates pero ya he traicionado a Reed en demasiadas ocasiones. Te ayude a escapar a Italia aun sabiendo que eso lo destrozaría, te he pedido que vengas a la clínica a pesar del shock que tu presencia le provocará. No me pidas más, lo que quiera o no confesarte es algo que sólo él puede decidir.

Agacho la cabeza en señal de derrota... por el momento. Primer intento perdido pero no será ni mucho menos el último. Autoestima se ajusta los guantes.

—Los médicos que atienden a Olivia acaban de salir pero Reed aún sigue dentro — cambia de tema.

—¿Alguna mejora?

—Por sus caras imagino que no. Me temo que la situación de Olivia lo encerrará aún más en si mismo.

—¿Tanto la quiere? —suspiro en voz baja. Me muerdo la lengua pero es demasiado tarde, ya lo he soltado. El temor de mi voz delata mis eternas inseguridades. Acabo de quedar como una loca inestable. ¡Bien por mí! Autoestima cae de morros al intentar patearse el trasero ella misma.

—Sólo puedo asegurarte que no será hueso fácil.

—Nunca lo fue.

—Anne... —Suraj deja de hablar y el miedo me recorre la espalda. ¿Qué desea contarme?

—¿Sí?

—No estoy seguro de cómo decirte esto pero dado que lo descubrirás tú misma, será mejor que te lo cuente yo primero.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros y siento que la histeria me encrespa hasta el último de mis cabellos.

—Por favor, vas a matarme de los nervios, déjate de tanto suspense y suéltalo de una vez.

—Verás, el accidente le provocó a Olivia un coma profundo y este la llevó a un estado vegetativo. El golpe le ha provocado una muerte cerebral irreversible.

—No pensé que fuera tan grave... —me tapo la boca con la mano incrédula de lo que escucho.

—Los médicos no creen que sobreviva pero intentarán mantenerla con las constantes vitales mediante un respirador artificial. Necesitan que permanezca estable al menos dos meses más.

—¿Piensan que en ese tiempo se pueda recuperar?

—Contesto esperanzada. Fuimos enemigas por el amor de un mismo hombre pero no soy tan ruin como para desearle su muerte. En verdad quiero que se recupere.

—No es eso.

—¿Entonces? —Suraj se mueve incómodo sin pronunciar palabra.

—Tengas lo que tengas para decirme, el retrasarlo no mejora la espera.